
Luis ROMERA OÑATE, *Existencia y búsqueda de sentido. Escritos sobre cristianismo y sociedad contemporánea*, Pamplona: Eunsa, 2020, 223 pp., 14,5 x 21,5, ISBN 978-84-313-3373-7.

El presente libro del prof. Luis Romera, que ocupa la cátedra de metafísica en la Pontificia Università della Santa Croce (Roma), tiene su origen en unas conferencias pronunciadas en la Universidad de Piura (Perú) en los años 2009-2011. La invitación a pronunciar esas conferencias había partido del rectorado de esa universidad peruana con el deseo de que contribuyeran a fomentar entre su profesorado una reflexión interdisciplinar sobre el presente momento cultural. Después de pronunciadas, la universidad procedió a publicarlas en dos volúmenes de bolsillo.

En 2018 la Universidad de Navarra y la editorial Eunsa, considerando el interés de esas conferencias y el hecho de que en su edición peruana no eran de fácil acceso, sugirieron la posibilidad de publicarlas también en España. Luis Romera aceptó. Se decidió que los textos aparecieran, salvo algunos retoques, tal y como habían sido pronunciados. La conferencia de 2009 ocupa la primera parte del libro (pp. 15-106); la segunda (pp. 107-223) recoge la conferencia de 2011.

Trascendiendo la formulación genérica de su título («La actualidad del pensamiento cristiano»), la primera parte del libro está dedicada a analizar la caracterización de la época contemporánea como época postmoderna. Entra enseguida en materia ofreciendo una clave hermenéutica que va a informar toda su exposición: «*Postmodernidad* alude al hecho de que la época actual se concibe en términos dialécticos con respecto a la *modernidad*, es decir, en parte críticos, dado que rechaza algunas de sus pretensiones, y en parte en continuidad, en la medida en que asume el marco en el que se encuadraba el proyecto moderno» (pp. 15-16).

Esa afirmación reclama, como paso previo, describir el proyecto que caracteriza la *modernidad*. Romera lo hace atribuyéndole los dos rasgos siguientes:

- a) es un proyecto humanista, ya que afirma la trascendencia del ser humano respecto a cuanto le rodea; el hombre no es mero objeto sino sujeto;
- b) es, a la vez, un proyecto que afirma la subjetividad del hombre entendiéndola en términos de emancipación; considera, en efecto, que el

hombre puede alcanzar la verdad absoluta con su sola razón y en términos que le permiten dominar por entero la naturaleza y la historia, y dar origen a un proceso de desarrollo y progreso ilimitados.

El proyecto de la *modernidad* entró en crisis en el siglo XX, como consecuencia, en no pequeña parte, de la aparición de las ideologías, que, absolutizando visiones parciales de la realidad, habían dado origen a los totalitarismos. Surgió así la actitud que se califica como *postmodernidad*, que se distancia del ideal moderno y de su afirmación de la posibilidad de llegar a poseer la verdad absoluta, proclamando la fragilidad del ser humano. Al mismo tiempo, sin embargo, continuó postulando, en continuidad con la modernidad, una subjetividad emancipada. El resultado ha sido la puesta en entredicho del concepto de verdad.

Descritos el proyecto moderno y el tránsito desde ese proyecto a la actitud postmoderna, Romera prolonga su reflexión exponiendo alguna de las implicaciones de esta última: la fragmentación del universo científico en una serie de saberes sectoriales inconexos; el predominio de la razón técnica e instrumental; el relativismo; una hipertrofia del recurso a la hermenéutica histórica que conduce a postular la incomunicabilidad entre los diversos momentos culturales; la pérdida por parte del hombre de la conciencia de estar dotado de un fin propio, lo que arrastra consigo no sólo la oposición al ideal cristiano, sino la pérdida de un horizonte sapiencial y en consecuencia la dificultad, e incluso la imposibilidad, de establecer criterios normativos para la acción, sea a nivel individual sea social.

Todo lo cual, pasando del nivel ético-existencial al socio-político, conduce al secularismo, o sea, a la exclusión de la religión de todo ámbito que haga referencia al espacio público. El secularismo es uno de los postulados de la modernidad que la postmodernidad mantiene, aunque sea con una fundamentación diversa: no el valor absoluto de la razón, sino, al contrario, la acentuación de los límites de la razón, proclamando su imposibilidad de abrirse a la verdad, con la consiguiente incapacidad para fundamentar una convivencia que vaya más allá de compromisos entre intereses diversos.

Llegado al final de la reflexión sobre la actitud postmoderna, Romera esboza una conclusión, que es a la vez una propuesta de trabajo, relacionada con la intención académico-universitaria que subyace a las conferencias de 2009. La docencia y la investigación universitarias se encuentran en nuestro momento histórico llamadas a recuperar el horizonte del existir y, en consecuencia, la visión sapiencial. Y esto a dos niveles: el de cada disciplina, puesto que

debe entablar un verdadero diálogo con los demás saberes; el del conjunto de los saberes científico-sectoriales, que deben reconocer la necesidad de que el pensamiento se abra a la perspectiva integral que es propia de la filosofía y, supuesta la revelación cristiana, de la teología.

En la presentación del libro, el profesor Romera no precisa si en el año 2009 recibió la invitación a dictar dos ciclos de conferencias o si el ciclo de 2011 fue fruto de una nueva invitación. Parece más probable lo segundo, ya que hay diferencias de enfoque; concretamente, el texto de 2011 prescinde de toda referencia a los problemas académicos y a la interdisciplinariedad, y se centra –como indica su título: «Religión y existencia humana»– en la temática antropológico-existencial. No obstante entre los dos ciclos hubo una clara continuidad de fondo; y, por tanto, la hay también entre las dos partes del libro.

Una constatación empírica da origen a las reflexiones contenidas en esta segunda parte: en nuestros días la religión es una cuestión «controvertible», es decir sujeta a controversia, y con una intensidad mayor a la conocida en etapas anteriores de la historia del pensamiento (p. 111). La modernidad y la postmodernidad, al sostener que el ser humano puede desde sí mismo y por sí mismo dar sentido a su vida, ponen en duda no unos u otros aspectos de la religión sino la religión en cuanto tal; dicho más claramente, la relación entre el hombre y Dios, y a fin de cuentas la existencia de Dios.

Teniendo presente ese hecho, la reflexión se articula en dos tiempos: ante todo un análisis de la génesis de esta situación histórico cultural (capítulo I), y después una reflexión sobre las vías para hacerle frente sea a nivel especulativo, mostrando la apertura del hombre a Dios (capítulo II) sea a nivel existencial, impulsando una honda vivencia de la fe cristiana (capítulo III). El esquema es claro, aunque en su realización esa claridad se difumina algo, como consecuencia de una preocupación del autor, excesiva a mi juicio, por mantener abiertos a lo largo de toda la exposición los cuatro registros que están en juego (los histórico-culturales, los antropológicos, y los sapienciales, sea filosóficos sea teológicos), lo que trae consigo numerosas repeticiones.

¿Cómo se ha llegado en la sociedad actual a cuestionar la religión con la radicalidad antes mencionada? La narración a la que nuestro autor procede en el primero de los capítulos de esta segunda parte del libro –titulado «La religión en una sociedad postmoderna» (pp. 121-155)– coincide, en líneas generales, con la ya ofrecida en la primera parte del libro, aunque evidencia a la vez un claro deseo de reconocer los aspectos positivos que posee la cultura moderna, evitando por tanto todo juicio histórico-cultural carente de matices.

Las dos raíces principales de la cultura occidental, la cultura grecoromana y el cristianismo, han ido dando lugar, en efecto, a realizaciones y posibilidades que son irrenunciables: la toma de conciencia refleja respecto a la dignidad del hombre; el reconocimiento de la potencialidad de la razón humana; la superación de un concepto sacral del universo y la consiguiente afirmación de la posibilidad de analizar cada sector de la realidad de acuerdo con su inteligibilidad propia, a lo que acompaña el progresivo desarrollo de la técnica; la valoración de la libertad como fuerza que permite al hombre asumir y orientar su existencia... Esas, y otras realidades que podrían mencionarse, no tienen –advierte Romera– su raíz o fuente ni en la *modernidad* o ni en la *postmodernidad* entendidas como planteamientos culturales. Ambos son, en efecto, sólo interpretaciones de una historia que les trasciende. Y, más concretamente, interpretaciones realizadas –y aquí el análisis que Romera lleva a cabo entronca por entero con el expuesto en la primera parte del libro– presuponiendo la identificación entre autonomía, emancipación y secularización, y por tanto la proclamación de una independencia total respecto de toda religión y, en última instancia, de Dios.

El siguiente capítulo, que lleva por título «La apertura a Dios» y es de tono filosófico, se encamina a exponer la carencia de base intelectual de la modernidad y de la postmodernidad en cuanto ideologías. Se inicia evocando una consideración de Robert Spaemann: «que exista un ser que denominamos Dios es un antiquísimo rumor que no cesa, que nunca se ha conseguido acallar» (p. 157). Se trata de una realidad sociológica a la que Luis Romera ya había aludido en páginas anteriores (pp. 135 ss.), haciendo referencia a autores como Berger, Taylor, Wilson, Luckmann o Luhmann, pero que ahora retoma para proceder a una reflexión especulativa. Ese rumor no cesa, añade, en efecto, inmediatamente después de haber citado a Spaemann, porque de hecho Dios existe, y porque su verdad «encuentra sintonía en la realidad del hombre».

La inteligencia humana no sólo puede elevarse hasta afirmar la existencia de Dios, sino que la relación con Dios, o sea, la religión, suscita interrogantes que el hombre no puede eludir, ya que remiten a «la respuesta última que anhela la inteligencia humana ante la propia existencia y ante la realidad en la que nos encontramos» (p. 158). Tanto la experiencia del «prodigio del ser», la admiración ante el hecho de que algo sea, como la de la finitud, la precariedad y la contingencia obligan, en efecto, «a inferir la existencia de Dios» o, al menos, a advertir la necesidad de «prestar atención a su rumor» (p. 164).

El hombre no es sólo un ser que piensa y actúa, sino, además, un ser que puede volver sobre su pensar y sobre su actuar para interrogarse sobre sus presupuestos y sus implicaciones. Se trata de algo que habitualmente se da por descontado, pero en lo que conviene detenerse. Romera pone el ejemplo de las ciencias. Todas ellas aspiran a profundizar en el campo sobre el que versan, a describir los rasgos y cualidades de las realidades que consideran, las leyes por las que se rigen, etc. Y esa tarea tiene claramente un presupuesto en el que el investigador puede no reparar de forma refleja, pero que de hecho sostiene todo su esfuerzo: la inteligibilidad de la realidad sobre la que investiga.

Más aún, sea cual sea el sector que cada investigador estudie, se da un presupuesto que puede permanecer impensado, pero que no por eso deja de existir: el ser. Se suscita, lógicamente, la pregunta sobre qué significa en último término la palabra *ser* y cuál es el origen *último* de los procesos o fenómenos que se consideran o investigan. Luis Romera acude aquí a Tomás de Aquino, y especialmente al Tomás de Aquino de la *Summa Theologiae*, I, q. 45 y del *De potentia*, q. 3. El hombre, y la naturaleza en general, tienen la capacidad de modificar la realidad, de hacer aparecer seres nuevos, pero lo hacen siempre a partir de seres que preexistían, que ya eran. Permanece por eso siempre, sean los que sean los procesos, el presupuesto del ser y por tanto la pregunta sobre el ser y sobre su origen. Los seres finitos operan siempre presuponiendo otros seres ya existentes a los que modifican; no pueden, pues, ser el origen del ser. Ese origen puede encontrarse sólo en una instancia capaz de otorgar el ser sin presupuestos, es decir, desde la nada; o sea en Dios, Ser infinito que otorga desde la nada el ser a los seres finitos.

El ser humano no está cerrado sobre sí mismo, sino abierto a Dios. Más aún, impulsado desde su interior a realizar el «salto ontológico» que lo sitúa ante Dios y le hace experimentar el deseo de conocerlo y de entrar en relación con Él. «Ante ese anhelo –prosigue nuestro autor pasando de la filosofía a la teología– Dios no ha permanecido pasivo, por el contrario ha salido al encuentro del hombre con su palabra y con su acción en la historia, de un modo especial con Israel y definitivamente con Cristo, su Palabra hecha hombre» (p. 186).

Entramos así en el último de los capítulos que integran el libro: «El lugar antropológico de la fe» (pp. 189-223). A lo largo de las páginas que lo componen, Luis Romera analiza algunas de las experiencias humanas que «abren el espacio en el que se asienta la fe», para concluir (pp. 209 ss.), con un método ya netamente teológico, exponiendo los rasgos que, a su juicio, caracterizan a la fe cristiana. Destaca tres: la fe es un encuentro entre el hombre y

Dios; es un acto de apertura a Dios ante todo, y, desde Dios, a los demás y a la historia; y, finalmente, es una respuesta, que implica identificación con el mensaje contenido en la revelación y que genera vida.

En *Existencia y búsqueda de sentido*, cuyo itinerario hemos seguido hasta ahora, Luis Romera nos ofrece una clave hermenéutica, precisa y bien fundamentada a mi juicio, para valorar el desarrollo de la civilización contemporánea. Y que conduce a una coyuntura cultural, la presente, en la que –como ya hiciera notar Nietzsche, a quien Romera cita y comenta– se hace patente que el ser humano está situado en una disyuntiva de la que no se puede escapar: o reconocer que está referido «a una trascendencia», a un Ser trascendente, al que debe saberse vinculado; o aceptar que no tiene un horizonte que vaya más allá de «lo inmediato, lo finito, lo temporal y lo precario», o sea, el nihilismo y el sin sentido.

En un párrafo que tiene para su autor valor de conclusiones, Luis Romera apunta una exigencia a la que el cristiano no puede sustraerse. «En un contexto cultural en el que la religión se ha vuelto un tema controvertido, el cristiano necesita adentrarse en la riqueza de la fe con una existencia vivida coherentemente como existencia cristiana, y con una inteligencia rigurosa y no empequeñecida»; y, a partir de ahí, «extraer conclusiones de cara a la existencia cotidiana, en el trabajo, en la familia, en la sociedad; en definitiva en el quehacer cultural» (p. 223). Con ese horizonte podemos dar también por terminada esta recensión.

José Luis ILLANES

Josep-Ignasi SARANYANA, *Historia de la teología cristiana (750-2000)*, Pamplona: Eunsa, 992 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-313-3528-1.

La publicación de la *Historia de la teología cristiana*, de Josep-Ignasi Saranyana, constituye, a mi entender, un importante acontecimiento en el panorama editorial universitario de nuestro entorno. Sus mil páginas, en las que el autor recorre las vicisitudes de la teología desde el siglo VIII hasta nuestros días, representan una indudable aportación a la cultura teológica. Su antecedente inmediato en España es la *Historia de la Teología cristiana*, de Evangelista Vilanova, en tres volúmenes y con casi tres mil páginas, que estudian los veinte siglos de historia del cristianismo.